

Reseñas bibliográficas

El sector agropecuario argentino

Aspectos de su evolución, razones de su crecimiento reciente y posibilidades futuras

Lucio G. Reca y Gabriel H. Parellada
Editorial Facultad de Agronomía Agosto de 2001

CARLOS A. ROSSI

El propósito principal de este libro, según se resume en su contraportada, "es examinar los cambios ocurridos en el sector agropecuario, particularmente en la última década, en respuesta a los cambios macroeconómicos" sucedidos durante ese período, y los desafíos de la globalización, el avance de las ciencias y la persistencia de diversas formas de proteccionismo comercial. Algunos de los análisis y conclusiones se ven condicionados por el cambio del marco económico ocurrido desde diciembre de 2001, pocos meses después de su publicación.

En los economistas de definida orientación neoclásica, existe una convicción bastante arraigada acerca de cómo se deben caracterizar las distintas etapas del desarrollo de la agricultura argentina. Así, hasta 1930 la agricultura habría transitado un período de esplendor sin fisuras que llevó a que el país consiguiera el privilegio de ser conocido como "el granero del mundo", beneficio que vinculan con la aplicación de principios liberales en las políticas de la época, en particular las económicas. Todo marchaba más o menos bien hasta que la crisis económica mundial, pri-

mero, y la segunda guerra mundial, después, - fenómenos, ambos, "exter-nos" y por tanto incontrolables para el país - menguaron ese vigoroso crecimiento. Poco cabe decir, para estas corrientes, sobre la estructura agraria, en particular, y la especificidad del desarrollo capitalista de la Argentina, en general. A los factores externos citados se sumaron luego las políticas internas que relegaron a la agricultura como fuente de crecimiento económico, especialmente durante las décadas de los años '40 y '50. Una ulterior revisión de las políticas públicas, que sitúan después de la caída del gobierno peronista, y que simbolizan en la creación del INTA, habría permitido una lenta e incompleta recuperación, dificultada por las políticas proteccionistas de los países industrializados. Pero, según estas corrientes de pensamiento, la historia no habría cambiado mucho en los años siguientes, hasta que llegó el Plan de Convertibilidad con su amplio programa de reformas pro - mercado, una especie de retorno a las fuentes, cuyo designio fue crear, nuevamente, las condiciones para que se expresara toda la potencialidad del sector.

Reca y Parellada, dos economistas agrarios de dilatada trayectoria en la especialidad, en líneas generales adhieren a esta caracterización, según exponen en el libro que es motivo de este comentario. En ese sentido, es clave la lectura de las páginas iniciales y finales de la publicación, donde se perfila el ideario de los autores y, por tanto, la orientación de los análisis específicos que jalonan los distintos capítulos que la conforman.

Desde el mismo apartado introductorio, para no dejar dudas sobre su posición, los autores anatemizan las políticas orientadas a la redistribución del excedente que genera la actividad agropecuaria, sin ningún miramiento de las razones que pudieran haber determinado su aplicación, más allá de la supuesta preferencia por las políticas industrialistas. Así, aludiendo a los alcances del programa económico de la convertibilidad califican y enteran que "las ominosas retenciones a las exportaciones de productos agropecuarios fueron virtualmente eliminadas..." y, apenas un par de páginas después, en el capítulo dedicado al "Rol Histórico" del sector en la economía, vuelven a la carga señalando que "la agricultura, visualizada como un sector con oferta inelástica y capaz de producir generosos excedentes, fue sujeta a una despiadada imposición vía organismos oficiales de comercialización, controles de cambio, tipos de cambio sobre-valorados e impuestos a la exportación de granos y carnes". De tal modo, estas políticas fueron el padre y la madre de todos los males que habría sufrido la agricultura, expresados en forma de estancamiento productivo en los años '40 y hasta comienzos de los '50, y después continuados a pesar de "algunos tímidos cambios" que "tuvieron menores consecuencias".

Las políticas públicas de los años '40 habrían sido el fruto de "un marcado pesimismo respecto de las futuras posibilidades de la agricultura como fuente de crecimiento económico", lo cual se habría traducido en "un fuerte descreimiento con respecto a la agricultura como sector dinámico de la economía". Además de anotar el hecho de que existe una abundante bibliografía, bien que cargada de controversias sobre esta etapa, se trata de interpretaciones muy discutibles, habida cuenta de la profusión de políticas, leyes, institutos, intervenciones y acciones de todo tipo dirigidas hacia la agricultura que se extendieron desde la década del '30 hasta los años '50, con una intensidad que casi no volvió a repetirse en la historia argentina. Este empeño, además de ocurrir en un marco caracterizado por el cambio en la orientación de las políticas estatales de los países industrializados, y por lo tanto influyente en el ámbito doméstico, respondía al agotamiento del paradigma "granero del mundo" y a las evidencias de profundos problemas estructurales en la agricultura y también en otras áreas clave de la economía argentina. Ningún país de agricultura avanzada ha alcanzado ese nivel sin el correlato de un desarrollo industrial equivalente. La agricultura argentina sorteó durante un tiempo ese condicionamiento merced a su articulación con el imperio británico, cuya industria proveyó buena parte de los medios de producción de ese origen, desde insumos a bienes de capital. Agotado este modelo, un salto en calidad y cantidad en la agricultura sólo era posible con cambios estructurales al interior del propio sector y con un desarrollo industrial apropiado para conseguirlo. La Argentina, en un marco de grandes disputas políticas y sociales, tuvo enormes dificultades para encontrar respuestas que condujeran a un estadio superior en su desarrollo capitalista. En ese contexto la agricultura atravesó una etapa de transformaciones estructurales impulsadas por el Estado y también por las propias condiciones del mercado externo e interno, pero atribuir un designio "anti-agrario" a las políticas aplicadas constituye una interpretación sin fundamento.

En el análisis desenvuelto por los autores no han merecido mayor atención los aspectos atinentes a la distribución de la tierra, la propiedad y las distintas formas de tenencia, la distribución del capital en el agro, los fenómenos de exclusión de agricultores y amplias capas de la fuerza laboral, los procesos de concentración de la tierra y el capital ocurridos en las últimas décadas, sobre todo en la última, que es sobre la cual enfatizan su estudio. La creciente dependencia de la agricultura, constituida por un conjunto heterogéneo de capitales indiferenciados, pero con muy diversa capacidad frente al desafío de adaptarse al predominio de las grandes firmas que concentran la oferta de medios críticos de produc-

ción, y que constituyen la fracción del capital diferenciado que domina la oferta de tecnología y orienta las líneas de producción, es un aspecto escasamente abordado en este trabajo.

Se recorren con mayor profusión, en cambio, aspectos relativos a las modificaciones introducidas por las políticas del plan de convertibilidad, el crecimiento de la agricultura en el pasado reciente, la evolución de la producción y la productividad, los mercados de insumos y bienes de capital, las políticas de precios, crédito, de comercio y de innovación tecnológica. Estos dos últimos capítulos adquieren un mayor interés y son campos propicios para el debate.

En sus comentarios finales, los autores destacan los efectos benéficos del plan de convertibilidad y de las políticas dispuestas en su marco para la transformación del sector agropecuario. Pero también advierten las serias dificultades y quebrantos acarreados a las empresas de baja capitalización, muchas de las cuales localizan en las regiones extrapampeanas. Atribuyen también al plan de convertibilidad, una distribución regresiva de los ingresos y un aumento considerable de la desocupación. Estos efectos, en el caso del sector agropecuario, pretendieron ser mitigados a través de la ejecución de programas especiales (Programa Social Agropecuario, Programa de Minifundio, Cambio Rural, etc.) pero, por diversas razones, han sido insuficientes ante la dimensión de los problemas. También señalan el retraso del tipo de cambio y la caída de los precios en los últimos años de la década del '90 como frenos para el desarrollo del potencial agropecuario. Los autores sugieren la necesidad de formular políticas activas que permitan la transformación de las unidades productivas de pequeño y mediano tamaño para alcanzar niveles de mayor eficiencia y productividad.

Confieren a la difusión de la siembra directa el carácter de "fenómeno más importante, en el pasado reciente, en el campo de la conservación de los recursos naturales y de la protección del medio ambiente" atributos que a todas luces la técnica aludida no posee como para otorgarle la extensión y profundidad que la frase sugiere. Los agrónomos saben, desde hace mucho tiempo, que los procesos erosivos, la pérdida de materia orgánica y el mantenimiento de la estructura del suelo, pueden ser prevenidos y atenuados manteniendo la cobertura vegetal y disminuyendo o evitando la remoción o la reversión de la capa arable, objetivos que son muy bien logrados con la práctica de sembrar sin labranzas de ningún tipo. Pero eso no evita completamente la erosión, ni mucho menos la contaminación que provoca el uso masivo de agroquímicos al que obliga la técnica aludida. En otras palabras, la siembra directa favorece ciertos aspectos de la conservación del suelo, pero no de los "recursos na-

turales” en general y es muy discutido que esta signifique “la protección del medio ambiente”. Sobre esto último, cabe señalar que la técnica – aunque no es un requisito – está muy asociada al uso de semillas genéticamente modificadas sobre las que existe un cuestionamiento muy profundo, entre otras razones por su posible capacidad de “contaminar” otros cultivos, otras plantas e inclusive las especies antecesoras de las plantas cultivadas.

Reflexionan, para concluir, que “en términos de producción, el sistema actual ha sido más efectivo que el anterior...”, aludiendo, claro está, a una categoría – la producción – que ha sido transformada en forma considerable en la última década, aunque en un sentido diverso al del enfoque que presenta este estudio, y a un sistema – el de la convertibilidad – que se ha derrumbado estrepitosamente.

La agricultura de los '90 más bien parece haber contribuido a la acumulación de capital en algunas fracciones de la clase propietaria de tierras y de capitales destinados a la producción agropecuaria, pero sobre todo beneficiando la acumulación en los sectores de la industria, el comercio y la exportación de las materias primas, las manufacturas de origen agropecuario y los insumos tecnológicos. En flagrante contraste, ha expulsado miles de pequeños y medianos agricultores y trabajadores del medio rural, mientras más de la mitad de la población tiene grandes dificultades para acceder a una alimentación adecuada o, directamente, carece de ella.